

PERSONAS.

DON GREGORIO.

DON MANUEL.

DOÑA ROSA.

DOÑA LEONOR.

JULIANA.

DON ENRIQUE.

COSME.

UN COMISARIO.

UN ESCRIBANO.

UN LACAYO.

UN CRIADO.

} *No hablan.*

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afigidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

**LA ESCUELA
DE LOS MARIDOS.**

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON MANUEL. DON GREGORIO.

D. GREGORIO.

Y por último, señor Don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted, ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

D. MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y....

D. GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL.

Mil gracias por la atención, señor Don Gregorio.

D. GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobación?

D. MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO.

En eso tienen razón, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiría, porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL.

¿Es raro empeño el que has tomado de re-

cordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos más, ¿sería esta una razón para que me culpáras el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio y..... Pues qué, ¿la vejez nos condena, por ventura, á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿Ó deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que.....

D. GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá más dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano..... Las dos son

huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas, y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

D. MANUEL.

Sí; pero me parece á mí.....

D. GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo

pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color, sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamas sin llevar escolta..... La carne es frágil, señor mio: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi muger, quiero asegurarme de su conducta, y no exponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. DOÑA ROSA. JULIANA. (*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de Don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*) DON GREGORIO.

D. MANUEL.

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

TOMO III.

2

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de ti.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que.....

D. GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aqui por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos.....

D. MANUEL.

Sí por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de Doña Beatriz..... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirle: con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO.

Usted (*A Doña Leonor, á Juliana, á Don Manuel y á Doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse adonde guste: usted puede ir con ella..... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

D. MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan y que.....

D. GREGORIO.

A mas ver.

(*Coge del brazo á Doña Rosa, haciendo ademán de entrarse con ella en su casa.*)

D. MANUEL.

La juventud necesita..... *

D. GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca también muchas veces.

D. MANUEL.

¿Pero hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO.

No, ninguno, pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL.

Considera que.....

D. GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande..... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL.

¿Pero piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA.

(*Aparte.* ¡Tuerto maldito!)

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para.....

D. GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la explicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

DOÑA LEONOR.

¿Pero qué quiere usted decir con eso?

D. GREGORIO.

Señora Doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

DOÑA LEONOR.

¿Pero piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de Doña Rosa y se acerca adonde estan los demas.*) No estará muy bien, no señora, y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

DOÑA LEONOR.

Mire usted, señor Don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo, que

yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos, pero bien adivino el efecto que haría en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es, pero dejaría de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresión en que usted la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afán se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted, y al hombre mas ladino le volvemos tarumba, cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se expone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocára en suerte

un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme sino de reir, y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las zelosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable sería una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro, que á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobran los deseos.

D. GREGORIO.

Todo eso que dices, no vale nada.

(Juliana se acerca á Doña Rosa, que estará algo apartada. D. Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

D. MANUEL.

Será lo que tú quieras. . . . Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad, y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros, porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) contribuye mucho á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger, pero estoy bien lejos de tiranizarla; para ninguna cosa la daré mayor libertad que

para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almivar. . . . Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL.

¿Y por qué ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO.

¿Por qué?

D. MANUEL.

Sí.

D. GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?